UNIVERSITAT JAUME I
DES DE 1991
25 ANYS

El nacimiento de la cultura urbana: Religión y poder, progreso y desigualdad

Juan José Ferrer Maestro

Lección inaugural del curso 2016-17

LECCIÓN INAUGURAL DEL CURSO 2016-2017

El nacimiento de la cultura urbana: Religión y poder, progreso y desigualdad

Juan José Ferrer Maestro
Catedrático de Historia Antigua

Castellón de la Plana, 23 de septiembre de 2016

Edita: Servicio de Comunicación y Publicaciones
Universitat Jaume I
Edificio de Rectorado y Servicios Centrales
Campus del Riu Sec
12071 Castellón de la Plana
www.uji.es · comunicacio@uji.es
Tel.: 964 728 833
Depósito legal: CS-593-2016
http://dx.doi.org/10.6035/Llico.2016.2017
Imprime: Innovació Digital Castelló, s.l.u.

ÍNDICE

1. RELIGIÓN Y PODER: SACERDOTES Y REYES

1.1 La invención del cielo

1.2 Astrología y cosmogonía

1.3 Las ciudades y sus gobernantes

2. PROGRESO Y DESIGUALDAD

2.1 Regadío, producción y administración

2.2 Propiedad y redistribución

3. CONCLUSIONES

¡El cosmos…! Mirando el cielo nocturno y alargando el dedo pulgar, en el minúsculo espacio que oculta nuestra uña caben ¡cuatro millones de galaxias! Pensemos que para una sola de ellas, por ejemplo la Vía Láctea en la que se sitúa nuestro sistema solar, se calcula entre 100.000 millones y 400.000 millones de estrellas. Conocemos las cifras gracias a los datos científicos que facilita la astronomía, pero la inmensidad de esas magnitudes abruma tanto como seduce su observación.

Cuando la contaminación lumínica no había alcanzado el nivel actual de ceguera urbana, la visión de la bóveda celeste era costumbre diaria en las noches estrelladas. Ahora, en cambio, el brillo de la gran ciudad se ha convertido en un obstáculo para esa actividad. Es necesario recluirse en el sosiego rural o buscar la soledad de cerros y colinas para observar el espectáculo más fascinante y misterioso que los seres humanos han admirado jamás. En los albores de la civilización, su interpretación y uso sirvieron para modelar la primera estructura de poder que condujo al establecimiento permanente de fórmulas de dominio social. El cielo atrapó a nuestros ancestros de tal modo que situaron allí la morada de los dioses, unos seres extraordinarios que movían caprichosamente las fuerzas de la naturaleza y el destino de los seres humanos. Solo unos privilegiados individuos conocieron el modo de templar esos comportamientos, o al menos intentarlo mediante unos complejos y exclusivos procedimientos que en nuestros modernos lenguajes llamamos ritos, y sacerdotes y sacerdotisas a quienes los practicaron.

1. RELIGIÓN Y PODER: SACERDOTES Y REYES

1.1 La invención del cielo

Hoy la observación celeste sigue atrayendo a una parte significativa de la población, tanto en su vertiente divulgativa como científica. No creo errar si afirmo que la astronomía es la única ciencia experimental en la que los aficionados pueden colaborar en el descubrimiento y aportación de datos que ayuden a su avance. Si los secretos del cosmos siguen atrapando por igual a astrofísicos y a curiosos, ¿cómo creemos que tal inmensidad pudo ser vista e influir en la vida de nuestros ancestros?

Todo comenzó con la percepción de los primeros *sapiens*; sus desplazamientos desde el continente africano por las tierras del orbe, hace unos 200.000 años, estarían guiados por el brillo y posición de los astros. ¿De qué otro modo pudieron esos humanos dirigir sus pasos hacia lugares más generosos, con la esperanza de saciar sus necesidades vitales? Cientos de miles de años más tarde, la influencia de extremos cambios climáticos favoreció la aparición de un nuevo modo de vida, vinculando las comunidades nómadas a un entorno permanente del que debían obtener los recursos de subsistencia. Fue la revolución neolítica, el asentamiento permanente, el fin de la aventura, el comienzo de la domesticación de animales y plantas, la aparición de los conceptos de propiedad comunal y de patria, la cuna de los antepasados, la tierra de los padres. Un lugar de pertenencia, bien conocido y cercano; un lugar de sentimientos familiares ampliados a otros miembros cercanos, el clan, la tribu.

El espacio territorial en el que tuvo lugar este trascendental y revolucionario paso de la humanidad fue el llamado Creciente Fértil —llamado así por la forma de media luna que adopta el conjunto de los países que comprende— y que se corresponde con los actuales estados de Irak, Siria, Líbano, Jordania, Israel, Palestina, Egipto, la franja suroriental de Turquía y el extremo occidental de Irán. Una amplia región lamentablemente sometida en nuestros días a terribles y dolorosos conflictos y tensiones, y sin embargo cuna de la civilización gracias a las condiciones de su suelo, los suministros de agua y los recursos agropecuarios disponibles. Todo ello favorecedor de importantes avances prácticos y tecnológicos que incluyen la invención de

la escritura, la rueda, la metalurgia, el vidrio, el control de las aguas y su uso en el proceso extensivo de la irrigación.

Mapa del Creciente Fértil
(https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=31575503)

Para las nuevas comunidades ya no era necesario seguir el teórico camino trazado por los astros, ahora lo importante era observar el comportamiento de esos cuerpos celestes, sin moverse del mismo lugar, y tratar de comprender su influencia en la frecuencia, variación e imprevisión de los fenómenos atmosféricos. Todo ello era imprescindible para aquellos campesinos neolíticos y sus cosechas, sus aldeas y su propia vida. Pero, ¿cómo entenderlo? No apreciaban regularidad, solo un monótono paso de luz y oscuridad que ya conocían desde mucho antes, y los cambios estacionales que supieron relacionar pronto con siembra y cosecha.

¿Quién o qué podía saber más que ellos?, ¿quién o qué tenía el poder de modificar los cambios imprevistos, irregulares y fatales que afectaban a sus vidas?, ¿cómo y dónde podían encontrarse las respuestas a tales dudas? En estas comunidades seguían presentes las enseñanzas de sus antepasados, las historias de hazañas fantásticas, los recuerdos ingratos de las privaciones y las desgracias, el lamento y el ruego a espíritus poderosos e itinerantes para propiciar alivio y sostén. Ahora se hallaban en un lugar mejor, distinto, permanente, donde cabía la ayuda de otros humanos cercanos con los que emprender tareas comunes. Un lugar en el que aquellas fuerzas extrañas no existían porque quedaron atrás con el modo de vida que ya no era. Ahora, si los humanos residían en lugar estable, otros poderes ocultos también lo hacían, y era imprescindible localizar su morada para dirigirse a ellos en demanda de ayuda.

Las comunidades rurales basadas en lazos de parentesco, producto de las uniones entre sus miembros, seguirían contando con el chamán, el individuo que sanaba con artes mágicas y actuaba de intermediario con los niveles ocultos y sus espíritus mediante su capacidad visionaria. Estos debieron ser los personajes hacia los que se volvieron los ojos y los interrogantes de los aldeanos. Y al igual que oficiaron sus artes para propiciar el encuentro con las fuerzas que favorecían la caza, ahora transmutarían sus habilidades para acomodarse a la nueva situación. El cielo siguió siendo el lugar recóndito y misterioso, pero a partir de entonces ya no señalaba un camino, sino un lugar, el lugar del que partían las órdenes que llenaban los pozos y fertilizaban los campos, y también las que lanzaban tormentas destructivas o secaban las nubes y las tierras. Allí había algo o alguien con un poder supremo y pavoroso al que debían complacer y calmar. El hechicero o la hechicera de la aldea lo intuía y eso debió comenzar a transmutar el personaje de curandero en un exclusivo intérprete de ese algo y oficiante de las ceremonias que debían acercarlo a los humanos. Su prestigio iría aumentando en la medida de su capacidad, inteligencia o talento para transmitir a la comunidad los deseos y las exigencias de las fuerzas ocultas. Solo él se hallaba en condiciones de aconsejar y comenzar a ordenar los procedimientos rituales que debían intercomunicar a los humanos con los poderosos entes que habitaban en el lugar más hermoso y aventurado de cuantos podían ser vistos: el cielo, la morada de los seres extraordinarios a los que hubo que identificar. El modo más práctico de hacer entender qué eran y cómo el lugar en el que habitaban fue la comparación con las sociedades humanas. Entonces, el cosmos fue visto tal que un lugar organizado, habitado no por entes inmateriales

sino por individuos inmortales, dotados de características excepcionales, aunque semejantes a los seres vivos. Este proceso dio lugar a la sustitución de espíritus por dioses y facilitó la tarea de hacer inteligible a los humanos la existencia de un mundo del «más allá», de cuya supremacía y satisfacción dependía la vida de los mortales.

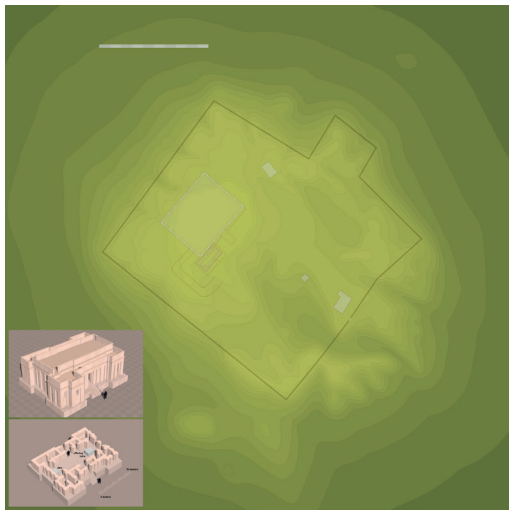
¿Cómo complacer, por tanto, a los dioses y conseguir sus bondades? Para esto había que comunicarse con ellos, y esa tarea fue llevada a cabo por individuos especializados en la interpretación de los fenómenos de la naturaleza y los mensajes que comportaban. Individuos que, en las cada vez más crecientes aldeas agrícolas, fueron conformando un nuevo orden de relación con los poderes superiores. En esas comunidades, la unión entre sus miembros surgió de la participación en dos aspectos primordiales que, en adelante, conformarían el sentimiento de unidad común y pertenencia: la comunicación y el rito. Entenderse, participar en discusiones y dar o recibir instrucciones, era necesario para actuar como parte de una sociedad concreta. Es posible que el habla o modo de trato oral tuviera caracteres de exclusiva identificación, pero la mayor parte de ese procedimiento de comunicación se asemejaría al de otras sociedades cercanas. Eso muestra una buena parte de sentimientos de confinidad que ayudan al historiador a entender las diferencias entre comunidad cultural y sociedad política que surgirán a partir de finales del cuarto milenio a. C.

A ese colectivo cultural hay que añadir la influencia de la nueva visión del cosmos como residencia de los dioses y las derivaciones de este paso trascendental. Todas las comunidades agrícolas participaron de la nueva interpretación de los poderes extraordinarios, todos sus miembros miraron al cielo para encontrar respuestas a las inclemencias y a la incertidumbre, y en todas y cada una de ellas surgieron los sacerdotes y las sacerdotisas, mediadores con la divinidad e intérpretes de sus exigencias. El proceso contó con la nominación y singularidad de la divinidad bajo cuya protección y dominio recaía una determinada sociedad, y a ello se añadió un lugar de culto, sagrado y exclusivo, en el que los sacerdotes ejercían su especial comunicación con el dios. Interpretar sus deseos, calmar su descontento, ofrecerle alimento y bienes formaron parte de un ritual tanto más ceremonioso y misterioso como incomprensible para aquellos agricultores que le rendían acatamiento y veneración. Los primeros espacios sagrados construidos en las llanuras aluviales del sur mesopotámico surgieron durante el período de El Obeid, una cultura que se extendió por todo el Cercano Oriente alrededor de 6500 y 3800 a. C., y que debe su nombre a un tell o

montículo de acumulación arqueológica situado en la actual gobernación de Di Car, el territorio meridional de Irak.

Extensión de la cultura del El Obeid en Mesopotamia,
en el período situado entre 5900 y 4300 a. C., y localización de Eridu
(https://en.wikipedia.org/wiki/Ubaid_period#/media/File:Map_Ubaid_culture-en.svg)

Se trataba de simples estructuras de un solo habitáculo en las que tenían lugar los ritos de intermediación con las divinidades. Según la tradición sumeria, fue en Eridu la ciudad más antigua del mundo y comienzo de la civilización (ca. 4900 a. C.) donde se construyó el primer templo —una simple y escueta construcción a manera de «capilla»—, que estuvo dedicado a Enki, el dios del agua primordial, de la sabiduría, la creación, el diseño, la construcción, las artes y la artesanía. Fue asociado a la constelación Ash-iku «el campo», que los griegos llamarán posteriormente Pegaso, y también al planeta que los babilonios nominaron Nabu, y que desde la cultura clásica conocemos como Mercurio.



Mapa aproximado del montículo de Eridu
que muestra el templo, el zigurat y algunos edificios
(https://es.wikipedia.org/wiki/Eridu#/media/File:Eridu_mound4c.8.png)

El templo de Enki recibió el nombre de E-Abzu, «la casa del mar cósmico». Abzu era un acuífero de agua dulce del que surgió la vida y que nutría ríos, fuentes, lagos, pozos y manantiales. Su estructura inicial fue evolucionando hacia formas más complejas, preludiando los grandes templos que se construirían en adelante. Avanzando en la cultura de El Obeid, las primeras ciudades de la civilización, al sur de Mesopotamia, levantarán edificios más elaborados que seguirán creciendo en ostentación y funcionalidad. Esta arquitectura monumental pública contrasta con la sencillez de las edificaciones privadas del período, caracterizadas por viviendas construidas con caña y arcilla primero, y adobe posteriormente, siguiendo un patrón simple de estancias rectangulares y agrupadas en asentamientos aldeanos exentos de muralla.

Los nuevos templos se reedificaban sobre la anterior construcción, ampliando sus instalaciones, y siguiendo un diseño que previamente se había «consultado» a Enki, por su condición de dios de la sabiduría, del diseño y las artes. Y tal vez, también, por ser la divinidad a la que por primera vez se le dedicó un templo. Hacia 4500 a. C., finalizado el Neolítico y comenzando la Edad del Cobre, la estructura sencilla del modelo evoluciona y sobre una

ligera elevación sobre el suelo, a manera de terraza, asume la forma de cella rodeada de pequeñas estancias laterales. Posteriormente se añaden dos filas de habitaciones ordenadas en torno a la cella, y la entrada, que desde Eridu se ubicaba en el centro, se traslada a un lado dotada de mayor prestancia y con acceso mediante una escalera a la plataforma de ingreso al templo. El exterior no es uniforme, sus muros alternan entrantes y salientes, y la dimensión de estos edificios ya alcanza superficies de 20 x 12 metros. Ningún edificio de semejante tamaño se había construido hasta entonces.

Las ciudades sumerias nacieron y crecieron en torno a los templos de sus divinidades protectoras. Estos santuarios fueron el centro de la vida urbana, el adhesivo social que unió a las dispersas aldeas rurales en un punto común, y el encuentro de todos sus habitantes con el dios patrono y protector. El rito se tornó complejo y exclusivo de una escasa minoría de oficiantes que atendían el culto. Si la ciudad y su territorio sufrían calamidades o desgracias, los sacerdotes o las sacerdotisas hacían saber que su dios había abandonado el templo, dejando desamparado a su pueblo. Ellos intentarían conseguir su regreso para restablecer el equilibrio y la bonanza mediante un elaborado y ceremonioso ritual, siendo imprescindible la obediencia incuestionable de toda la comunidad en el cumplimiento de las obligaciones que se derivaran del mismo. Pero a medida que la protección divina se ampliaba a una comunidad cada vez más numerosa, sus componentes debieron notar la lejanía de esos dioses oficiales. Temerosos y necesitados de protección personal ante las fuerzas malignas que les acechaban —cuya creencia forma parte del imaginario humano y se refleja en la enfermedad, el dolor o el infortunio en general— crearon deidades particulares a las que encomendarse y solicitar su ayuda y apoyo permanente, como puede verse en esta oración babilónica:

> Pide para mí un guardián del bienestar y la vida,
> que un ángel protector o un dios dador de bienestar estén a mi cabecera,
> que ellos me guarden toda la noche hasta el amanecer.

Estas divinidades no son incompatibles con las que presiden el culto oficial de la comunidad, al igual que en el rito católico actual no hay conflicto entre los santos protectores y el dios cristiano. La fortaleza de estas creencias fue tal que los mesopotámicos llegaron a identificarse con su nombre personal, la filiación y el nombre de los dioses protectores: «Yo soy (----) hijo de (----), cuyo dios es (---) y su diosa (---)».

1.2 Astrología y cosmogonía

La evolución del especialista de la aldea en interpretar lo desconocido había mutado en un complejo sistema compuesto por colectivos sacerdotales, organizados y jerarquizados, dedicados al culto de cada una de las deidades patronas y protectoras de las ciudades sumerias. En la fase final de El Obeid —que acaba hacia el 3800 a. C., para dar inicio al período de Uruk— un notable aumento demográfico había generado el crecimiento de los asentamientos principales, con sencillas viviendas en torno a sus templos. Desde ellos, los sacerdotes controlaban la economía y la administración. Su poder emanaba de la relación de culto con los dioses y la capacidad de transmitir las instrucciones de estos al pueblo. Fue desde esta tarea que se derivaron repercusiones concretas sobre la centralización del poder económico y político. Tal complejidad convirtió al sacerdocio en un ejercicio especializado, privilegio de una selecta minoría de miembros de la comunidad, del que formaban parte tanto hombres como mujeres. De hecho, el personaje sobre el que recaía la jefatura del cuerpo sacerdotal (*en*), era un hombre si la deidad venerada en el templo era femenina; pero si era masculina, la responsabilidad recaía en una mujer. A partir de la época acadia, a finales del tercer milenio, el privilegio de la jefatura femenina recaerá en las mujeres de la familia del monarca reinante, hijas y hermanas, convirtiéndose en una tradición babilónica.

Las funciones principales de estos sacerdotes fueron las del culto y la predicción. Observaban los cuerpos celestes, seguían sus cambios posicionales e interpretaban sus ciclos y alteraciones como señales de comunicación divina que aplicaban a la previsión de los cambios estacionales y los presagios de catástrofes o graves acontecimientos. En esta tarea tuvo especial importancia cualquier alteración en el comportamiento habitual de los astros, eclipses, caída de meteoros y estrellas fugaces o la aparición de un cometa. Imaginemos el temor y la curiosidad que debía causar entre los miembros de aquellas sencillas comunidades urbanas la aparición del cometa Halley, el único visible a simple vista. No hay más que recordar la importancia de la tradición babilónica y la posterior influencia del zoroastrismo persa para entender el episodio evangélico de la adoración de los Reyes Magos llegados desde oriente.

Los tres Reyes Magos, detalle del mosaico «María y el niño Jesús rodeados de ángeles», basílica de San Apolinar el Nuevo, Rávena

Magos fue el nombre dado a los sacerdotes dedicados al culto zoroástrico, siendo admirados como los hombres más sabios en todo el Próximo Oriente gracias a sus conocimientos astrológicos. Esta práctica fue considerada como la ciencia más importante por su repercusión en las trascendentales decisiones políticas o particulares. El término *mago* y sus competencias pasarán a la cultura neobabilónica o caldea e influirán en la comunidad judía —como tantos otros aspectos socioculturales que configurarán su nueva conciencia nacional y religiosa— en el tiempo que los hebreos estuvieron cautivos en Babilonia bajo el poder de Nabucodonosor II. Siglos más tarde se popularizará en las culturas europeas con una fuerte carga peyorativa relacionada con el ocultismo y la hechicería. Tal vez por ello, en algunas lenguas modernas se evita mago al traducir el evangelio de Mateo, mientras otras como el alemán la mantienen en el sentido original de hombres sabios («*kamen Sterndeuter aus dem Osten nach Jerusalem*»), al igual que la traducción inglesa del siglo XVII, la *King James Bible* («*there came wise men from the east to Jerusalem*»), que se mantuvo hasta la versión internacional del siglo XX (NIV), al ser sustituida por el término original μαγοι que aparece en el texto bíblico griego («*Magi from the east came to Jerusalem*»). Al margen de esas consideraciones posteriores, influidas por efecto de la superstición; en el período histórico que nos ocupa la astrología fue reconocida como una

ciencia de sabiduría y aplicación beneficiosa, al tiempo que la hechicería era despreciada y contemplada como una práctica de ignorancia cuya finalidad consistía únicamente en causar el mal.

La relación entre magia —en el sentido moderno— y las prácticas adivinatorias, tiene su origen en las actividades de predicción llevadas a cabo en época babilónica (segundo milenio a. C.), tendentes a pronosticar el futuro de los individuos o protegerlos del mal mediante el augurio y la hepatoscopía (análisis de las vísceras de animales). Estas prácticas quedaron socialmente consolidadas, las encontraremos siglos más tarde en el mundo clásico y su proyección a lo largo de la historia, junto a nuevas formas de embaucamiento supersticioso, lo que demuestra la candidez de los seres humanos y su frágil seguridad.

Los sacerdotes que se ocupaban de esos procedimientos augurales pertenecían a una escala inferior a la de aquellos que se ocupaban de acciones relevantes para la comunidad como el culto oficial, la observación celeste y la administración. En el ejercicio de éstas —que podríamos llamar justamente actividades de Estado— se generaron importantes avances prácticos, como la medición del tiempo y la creación de un calendario básico que seguía tanto el teórico recorrido estacional del Sol como las fases de la Luna y su influencia. Este sistema lunisolar será utilizado por todos los pueblos mesopotámicos posteriores. Para concluir en sus observaciones tuvieron que aplicar conceptos matemáticos, que ellos mismos inventaron, con los que trazar recorridos teóricos, establecer hipótesis de tiempo, medir los ciclos estacionales y, muy especialmente, calcular con precisión el diseño de los templos y las obras de canalización hidráulica, de cuya construcción y mantenimiento eran responsables como individuos privilegiados que recibían las instrucciones de sus divinidades. Antes del siglo VII a. C. los conocimientos astronómicos fueron básicos, pero tres siglos más tarde sus métodos matemáticos ya eran capaces de calcular los movimientos de los planetas y sus cambios posicionales con elevada precisión. El sistema sexagesimal, que simplifica la escritura de cantidades muy grandes y muy pequeñas, fue inventado por los sumerios, y posiblemente originado a partir de un rudimentario procedimiento que consiste en contar hasta 12 falanges en cada mano (tres por dedo), apuntando con el pulgar. Como sabemos, el sistema sexagesimal sigue siendo utilizado para medir ángulos, coordenadas geográficas y, especialmente, el tiempo. Los sumerios también sentaron las bases de la catalogación astral, llegando a identificar las primeras constelaciones. Aunque el primer compendio de listas de estrellas conocido fue

redactado hacia el año 1200 a. C., el uso de los nombres de dioses sumerios que aparecen en él, Enlil, Anu y Enki, al distribuir la división tripartita del cielo, confirma la inicial tradición sumeria en el estudio del cosmos.

En esta actividad de carácter religioso, pero con tan importantes derivaciones de uso práctico posterior, tuvo mucha importancia el modelo de templo mesopotámico. Desde las primeras y sencillas construcciones sobre terraza se llegó a un modelo de templo principal en época dinástica en el que tuvo un lugar especial el zigurat, la enorme estructura elevada sobre plataformas sucesivas —hasta siete pudo tener—, construida con adobe en su interior y ladrillos exteriores, en algún caso esmaltados. El edificio se remataba en lo alto con una pequeña capilla de techo plano, un espacio sagrado de culto y acceso exclusivo para los principales sacerdotes y muy probablemente utilizado como privilegiado observatorio astrológico. La altura imponente de los zigurats ejercería el valor simbólico del poder, y las rampas y escaleras que conducían hacia cada nivel el ascenso y aproximación a la morada de las deidades cuyo culto albergaban. Esa es al menos la interpretación que los hebreos dieron en el episodio bíblico de la mítica torre de Babel, inspirada en el más grandioso zigurat, el Etemenanki (templo de la creación del cielo y la tierra). Asociado a Esagila, templo dedicado al dios Marduk en Babilonia, su primera estructura se edificó en el segundo milenio a. C. y tras la destrucción de la ciudad por Senaquerib de Asiria, fue restaurado en el siglo VI a. C. por Nabucodonosor II. Unos escasos restos arqueológicos, el relato de Heródoto y los datos proporcionados por una tablilla cuneiforme custodiada en el Museo del Louvre, han permitido establecer que la construcción tuvo 91 metros de altura y la misma longitud en cada lado de la base, utilizó ladrillos esmaltados en su decoración, especialmente en el santuario superior, y estaba dotada de zona de descanso con asientos para facilitar el ascenso a la cumbre. Solo conocemos maquetas —como la del Pergamonmuseum en Berlín— y simulaciones virtuales que han estimulado la mente de los creativos.

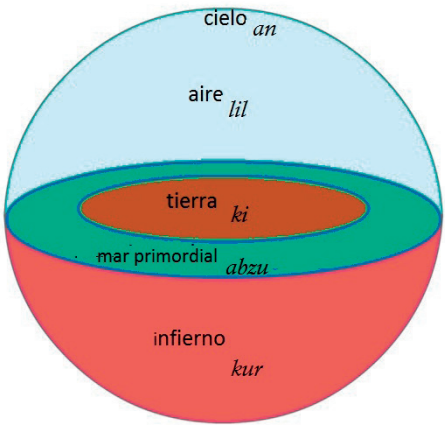
La astrología, nacida con el inicio de la civilización y desarrollada por babilonios, caldeos y griegos, llegará a ser considerada una tradición académica en Europa hasta el siglo XVII. A partir de esa época los nuevos conceptos científicos, como el heliocentrismo, iniciarán el camino de la nueva disciplina de la astronomía, llamada así para desvincularla de la astrología, que a partir de entonces quedará relegada al rol de pseudociencia y reducida a la interpretación del comportamiento humano por la influencia de los cuerpos celestes.

Etemenanki de Babilonia, diseño: Jubran

Pero en aquellos principios se sustentaron los posteriores estudios y trabajos y, muy especialmente, quedó fijada la necesidad del saber y el interés por comprender. Sin embargo, mientras no llegaran las luces de un sistema de pensamiento más desarrollado, la avidez en obtener respuestas tuvo que fabular, trasladando conclusiones hasta el fértil campo de las creencias populares. La relación entre el comportamiento de los astros y las decisiones de los dioses dio lugar a una elaboración compleja de interpretación cosmogónica. Los sumerios no elaboraron un sistema de razonamiento científico. Sus escritos permiten atisbar reflexiones sobre la causalidad, sin que llegaran a formularla como un principio universal. En consecuencia, estuvieron lejos de aplicar métodos epistemológicos. Pero ello no impidió que la inmensidad del cosmos les permitiera especular sobre lo desconocido. Es así como los teólogos de Sumer crearon un conjunto de creencias que dieron forma literaria a su cosmogonía, una visión pionera de la creación y composición del universo. Esta cosmogonía, apoyada sobre la visión que los sumerios tenían de sus dioses, era fruto de la imaginación y no de la razón y la lógica. Fue el primer intento de explicación de lo inabarcable.

El cielo (*an*) y la tierra (*ki*) formaban un todo llamado, por tanto, *an-ki*. La Tierra era un disco plano que se hallaba en el centro de una esfera. En el borde superior de la misma se hallaba el cielo, en el que se mantenían los astros, compuestos de *lil* (viento, aire), la misma sustancia que rellenaba el espacio entre el cielo y la tierra. A este fluido, los cuerpos celestes añadían

un fulgor y luminosidad que les convertía en visibles. La Tierra flotaba en un inmenso océano o mar primordial (el *abzu* de Enki) y bajo estas aguas sin límites se encontraba el inframundo (*kur*), la morada de los muertos.



Representación didáctica del universo
tal como era imaginado por los sumerios

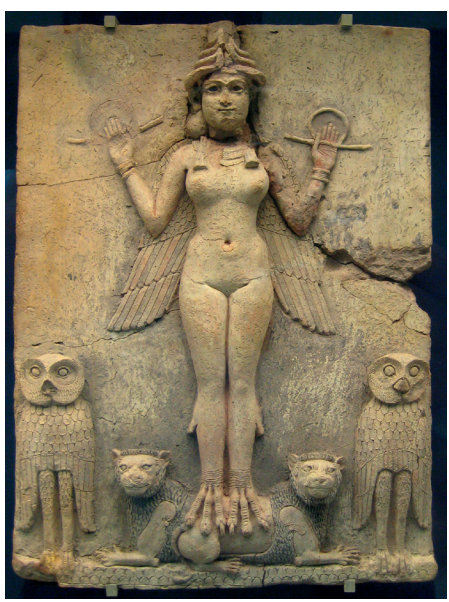
La reflexión sobre el origen de los elementos y el misterio que ejercía el velo tenebroso que envolvía el universo visible, les llevó a elaborar una cosmogonía sucesoria partiendo del mar primigenio del que proceden todas las cosas. La lucha entre el orden cósmico y el caos hizo que del agua primordial nacieran el cielo y la Tierra y que ambos, a su vez, engendraran a los otros elementos hasta llegar a la creación del ser humano, modelado en arcilla por los dioses principales, identificados a su vez con cada uno de esos elementos iniciales.

> Cuando el cielo se hubo alejado de la tierra,
> cuando la Tierra se hubo separado del cielo,
> cuando se hubo fijado el nombre del hombre,
> cuando An [*el dios del cielo]* se hubo llevado el cielo,
> cuando Enlil [*el dios del aire*] se hubo llevado la Tierra...
> *(Versos iniciales del poema* Gilgamesh, Enkidu y los infiernos*)*

No es casual la relación existente entre los principios religiosos del Antiguo Testamento y las creencias aparecidas en la Baja Mesopotamia. La

tradición bíblica sitúa en Ur, una de las principales ciudades-estado sumerias, el origen de Abraham, patriarca de Israel. Abraham simboliza el vínculo de influencias que, desde Mesopotamia, se ejercen sobre la naciente personalidad hebrea y, como es natural, en el ámbito de absorción de elementos jurídicos y sociales de una cultura superior sobre otra incipiente, se incluyen los préstamos religiosos. La civilización sumeria fue un manantial abundante en el que saciaron las posteriores culturas orientales y mediterráneas.

Otras analogías se encuentran en el relato hebreo del diluvio universal y el poema sumerio-acadio del héroe *Gilgamesh*, en los que coinciden el aviso al superviviente, la construcción del arca, la selección de animales por parejas, la inmovilización en la cumbre de una montaña, el envío de las aves, o el sacrificio y la bendición tras las lluvias. También son perceptibles otros episodios como la identificación de la torre de Babel con un zigurat babilónico y el compromiso del rey Gudea de Lagash con su dios para construir un templo con el similar episodio de Salomón, reforzado con el origen sumerio-acadio de la palabra *hêkâl*, que equivale a «templo» en lengua hebrea.



«Reina de la noche», Museo Británico. Altorrelieve mesopotámico en terracota que suele identificarse con Inanna o con Ereshkigal

Otra idea sumeria, ampliamente extendida entre todas las culturas, es la de la resurrección, representada por el episodio de Inanna, reina del cielo, diosa del amor, la fertilidad y la guerra —el precedente de Ishtar, Astarté, Tanit, Afrodita y Venus—, que se conserva en un poema sumerio llamado *El viaje de Inanna a los infiernos*. En la trama argumental Inanna estaba casada con Dummuzi, el dios pastor, el Tammuz bíblico al que se refiere el profeta Ezequiel y que más tarde será conocido en Grecia como Adonis, el amante de Venus, muerto por un jabalí y llorado por todas las mujeres. La joven diosa no se conformaba con su reinado sobre el cielo y deseaba extenderlo sobre el abismo infernal, que pertenecía a su hermana mayor Ereshkigal. Ataviada con sus mejores vestidos y joyas, y tras recomendar a su fiel consejero Ninshubur que acudiera en busca de ayuda si no regresaba en tres días, penetró en el mundo de las tinieblas, el «país de nunca volver» del que nadie ha regresado jamás. Su hermana le facilitó la entrada con el fin de situarla en la mejor posición para enfrentarse a ella, y así pudo atravesar sin problemas las «siete puertas infernales» con la única condición de despojarse en cada una de ellas de una joya o prenda de vestir, llegando completamente desnuda ante Ereshkigal y los terribles «siete jueces infernales» que le dieron muerte con su mirada y dejaron su cadáver colgado de un gancho.

Transcurridos tres días con sus noches sin noticias de su señora, Ninshubur puso en práctica las instrucciones recibidas y acudió a Enki, dios de la sabiduría, quien modeló con arcilla dos entes asexuados, Kurgarru y Kalaturru y les ordenó que descendieran a los infiernos y derramaran sobre el cadáver de Inanna el «alimento de la vida» y el «brebaje de la vida». Así lo hicieron y la diosa resucitó. Sin embargo, nadie puede volver a la Tierra si ha franqueado las puertas del infierno y, consecuentemente, Inanna no fue autorizada a regresar salvo que encontrara a otra divinidad para reemplazarla. Acompañada de terribles demonios ascendió a la superficie y recorrió diversas ciudades hasta llegar a Kullab el distrito sagrado de Uruk, la ciudad de la que era diosa tutelar. Allí encontró a Dummuzi, su marido, relajado y absorto sin aparente preocupación por la desaparición de su esposa. En un episodio que todavía resulta algo confuso, Inanna, furiosa, lanzó sobre Dummuzi «el ojo de la muerte» y ordenó su traslado a la morada infernal para ocupar el lugar de la diosa, siendo sometido a crueles tormentos. Posteriormente, la hermana de Dummuzi suplicó a Inanna que le dejara ocupar su lugar y tras visitar ambas el inframundo y contemplar la tristeza

del condenado, la diosa aceptó que ambos hermanos se sustituyeran entre sí de tal modo que pasaran cada uno de ellos seis meses en la Tierra y los otros seis en los infiernos.

El mito de la resurrección es una analogía con el tránsito anual de las estaciones y el ciclo de la vida vegetal. La popularidad alcanzada por la desdicha y los sufrimientos de Dummuzi, quedó recogida en poemas sumerios y babilonios, y fue recordada en ritos y cultos de dolor por la muerte del joven dios. Desde Mesopotamia se extendió ampliamente y quedó recogida en el mito de la muerte y resurrección de Tammuz en las puertas del Templo de Jerusalén, y no resulta descabellado admitir la similitud de varios aspectos del relato sumerio con el martirio de Cristo y su vuelta a la vida.

Otra relación, especialmente llamativa, se da entre el episodio del Génesis, en el que Dios crea a la mujer de la «costilla» de Adán, y el término sumerio *ti*, que tiene el doble significado de «costilla» y «dar vida». En el poema sumerio llamado *Enki y Ninhursag*, la diosa madre de los sumerios, para sanar al dios Enki, crea varias deidades que deben atender las partes enfermas de este. Una de ellas es la costilla:

> Hermano mío, ¿dónde te duele?
> Me duele la costilla.
> A la diosa Ninti he dado a luz para ti.

Para los sumerios, Ninti es aquí tanto la «señora que da vida» como la «señora de la costilla», pero en el hebreo posterior al cautiverio babilónico se traduce exclusivamente como «señora que da vida», que es lo que significa aproximadamente «Eva», el nombre dado a la primera mujer. Así, sobre esta confusión debió generarse el relato de la extracción de una costilla para modelar un ser «que hace vivir», dando lugar a uno de los episodios más desconcertantes de la creación bíblica.

De cuanto vengo diciendo es fácil deducir la existencia de un número indeterminado de dioses en el entramado cosmogónico sumerio (ellos utilizaban el término *dingir* para designar lo que nosotros traducimos como «dios»). Pero no todas las deidades tuvieron el mismo reconocimiento ni similar importancia. En una figurada asamblea de estos seres fabulosos, los teólogos sumerios distinguieron entre dioses creadores y no creadores, y además, al igual que la visión antropomórfica de los dioses, la configuración

de esa asamblea resultó una consecuencia de la adaptación de los comportamientos divinos al modelo social humano. De modo que el proceso de perfeccionamiento de esta teología sumeria tuvo que correr parejo a los cambios operados en unas comunidades terrenales cada vez más estructuradas. Y es así que, al observar el ordenamiento de esos seres a los que sus devotos dieron apariencia humana, estaremos viendo la organización y el orden jerárquico en el que se desenvolvían las ciudades-estado sumerias. Gobernantes, pensadores, administradores, religiosos, agricultores, artesanos; todos ellos, debidamente responsabilizados de sus obligaciones eran quienes permitían el orden correcto de la vida humana. La alimentación, el culto, la construcción, el riego, la administración de los bienes; cualquier tarea humana estaba organizada y ejecutada para permitir el buen desarrollo de la ciudad. Y todo ello en aplicación de lo que los sumerios llamaron *me*, la esencia divina, el orden cósmico, un concepto inmaterial que fluye de los dioses, hace que los seres y las cosas existan y discurran en orden. Por tanto, los seres extraordinarios que servían de modelo a los humanos fueron quienes enseñaron a estos a llevar a cabo sus tareas. El cosmos se presentaba así a los ojos de los sumerios como un mundo ideal, pero de tal amplitud y complejidad que forzosamente la inteligencia, capacidad y poder de sus moradores tenían que ser infinitamente superiores a la de los humanos. Y aún más, sin duda esas deidades gozaban de inmortalidad, porque de no ser así el cosmos desaparecería con ellas y, consecuentemente, los humanos y sus obras dejarían de existir para siempre.

Cuando el mítico rey Gilgamesh, tras un cúmulo de aventuras, consigue encontrar la planta que concede la inmortalidad —gracias a los consejos de Utnapishtim, el superviviente del diluvio—, una serpiente se la roba y el héroe debe regresar a Uruk con las manos vacías y el pleno convencimiento de que la inmortalidad es patrimonio exclusivo de los dioses. Este axioma lleva añadido otro principio incuestionable: la posición de suprema jerarquía que existe en ambos mundos. Desde el momento en que la figura de sumo sacerdote comienza a asumir las funciones civiles de la administración del territorio y la dirección de los trabajos de construcción y mantenimiento de los canales de riego, es decir, cuando en el tramo final del período El Obeid adquiere la consideración social y política de *en*, se convierte en un mandatario cuyos deseos son cada vez más respetados e indiscutidos.

1.3 Las ciudades y sus gobernantes

Al margen de su sincera convicción, o no, sobre la relación mantenida con la divinidad, es incuestionable que entre aquellos sacerdotes ancestrales estuvieron los individuos más capacitados para organizar las primeras estructuras sociales que acabarían formando la ciudad y el Estado. La evolución y recorrido de las comunidades agrícolas se debió en gran parte a las medidas tomadas por ellos en nombre de las divinidades, unas medidas que se vieron favorecidas por la ingenuidad de sus gentes. Los «templos» se extendieron por todas las aldeas, sin que ello implicara la existencia de complejas estructuras. Un simple lugar, un espacio sagrado al aire libre, sirvió para llevar a cabo los ritos exigidos por los dioses o, visto de otro modo, para hacer partícipes a las divinidades de los bienes humanos. Si el bienestar depende del alimento y el alimento era otorgado por la benevolencia divina, no hubo mayor agradecimiento que entregar parte de ese alimento a quien lo favoreció. La costumbre asociada a esta práctica fue el banquete ritual. La comunidad se reunía en un lugar adecuado para la celebración, donde llevaba a cabo el sacrificio de un animal junto a un elemento material y simbólico: el altar, una simple piedra, o tal vez un hogar abierto en el suelo, especialmente señalizado y protegido. Tras desollar la pieza, se tomaba una parte de la misma y se abrasaba en el altar hasta consumirse por completo, añadiendo los restos del banquete ritual consumido por los miembros de la comunidad. De ese modo el pueblo y la divinidad «comulgaban», es decir, comunicaban entre ellos mediante el aprovechamiento de los bienes, los mortales comiendo y su dios absorbiendo el humo del sacrificio que llegaba hasta los cielos.

Pero hubo, en distintos territorios, un templo especial entre todos esos espacios sacros que fue adquiriendo prestigio en diferentes puntos de la geografía sumeria. Una estructura y presencia singular comparada con las sencillas cabañas que fueron agrupándose a su alrededor. Probablemente, estos templos principales se ubicaron en lugares provistos de una circunstancia excepcional, como fue el caso del E-Abzu de Enki erigido sobre el supuesto manantial de aguas primordiales. Los templos complejos adquirieron protagonismo en el ámbito más cercano y comenzaron a prefigurar el marco territorial de lo que acabaría convirtiéndose en una ciudad, cuyo núcleo y sede institucional evolucionaría en torno al templo y al futuro palacio. Naturalmente el dios allí venerado era patrono de toda la comunidad,

y su importancia fue superior a la de las deidades cuyo culto se extendía por las aldeas del territorio al que protegía.

Las peculiaridades del lugar favorecieron la preeminencia, no solo del templo, sino también del colectivo sacerdotal que atendía el culto de la divinidad. Como ya he avanzado anteriormente, el sumo sacerdote de ese colectivo pasó a convertirse en la autoridad de referencia, en el miembro de la comunidad dotado de un consenso general explícito, de una legitimación de índole moral socialmente reconocida y aceptada. Algo similar a lo que conoceremos como *auctoritas* en la Roma posterior. El título de este personaje principal fue el de EN (𒂗𒈨), que literalmente significa «señor», en el sentido solemne de la palabra, o «señora» con el mismo énfasis ampuloso, un tratamiento distinguido que encontramos también asociado al nombre de los dioses (Enki, señor de la tierra; Enlil, señor del aire). Estos personajes ostentaron la máxima representación de la deidad patrona de la ciudad. Una posición que implicaba también el liderazgo civil de la comunidad, además del religioso, en los siglos de la fase cultural de Uruk.

EN, escrito con caracteres cuneiformes sumerios,
F. Ellermeier und M. Studt, *Handbuch Assur*, 2003

Los *en*, sacerdotes o sacerdotisas, solo se asociaban con la deidad principal de cada ciudad, así, aunque existían varios templos en su territorio únicamente había un sacerdote y administrador civil principal. Esto implicaba una jefatura política que durará como tal hasta la llegada de los conflictos entre ciudades, cuando será necesario contar con un jefe guerrero, un especialista en asuntos militares. En el aspecto simbólico y ritual, cada *en* aparecía

como el cónyuge de la deidad principal, de ahí la elección de hombre o mujer para ese rol en función del sexo de la divinidad. Las *en*-sacerdotisas no podían casarse, pero en época dinástica llegarán a tener hijos, un hecho que se ha interpretado como consecuencia de la hierogamia anual entre el rey y la sacerdotisa, un matrimonio ritual que garantizaba la fertilidad de los campos y la abundancia de las cosechas.

Durante el período de Uruk llegaron los sumerios a la Baja Mesopotamia; un pueblo de origen desconocido que se integró en el espacio territorial fértil del curso final de los ríos Tigris y Éufrates. Ellos dieron el impulso definitivo a la transformación urbana de la cultura neolítica. En este nuevo escenario histórico aparecen la rueda y la escritura y se producen avances que consolidarán una sociedad en desarrollo.

Pictogramas sobre tablilla de piedra, procedentes de la ciudad sumeria de Kish, ca. 3500 a. C., Museo Ashmolean, Oxford

Esta fase cultural debe su nombre a la ciudad de Uruk, la Erech bíblica que aparece en el Génesis. Aunque registra restos arqueológicos anteriores al 5000 a. C. (en el período de El Obeid), fue entre el 3800 y el 3100 a. C. cuando alcanzó preeminencia y se convirtió en la ciudad más influyente e importante en los inicios de la civilización. De esta época procede el primer procedimiento contable, registrado en tabletas de arcilla, así como los más antiguos sellos cilíndricos de propiedad e identificación personal, cuyo uso y aplicación se extenderá desde la verificación de los contenidos en las transacciones comerciales, hasta la autenticación de documentos oficiales, jurídicos o mercantiles

Sello cilíndrico de caliza y su impresión. Al hacerlo rodar sobre arcilla blanda quedaba expuesto su detalle; en este caso cabezas de ganado sobre un campo de trigo. Período de Uruk, Museo del Louvre (https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Cylinder_seal_cattle_Louvre_MNB1906.jpg)

La importancia de la ciudad fue revelada por los restos arqueológicos, permitiendo estimar una extensión urbana cercana a las 600 hectáreas, con un muro de casi 10 kilómetros de perímetro que la protegía. Según la mitología sumeria, estas murallas fueron construidas por Gilgamesh, el héroe protagonista del primer poema épico de la humanidad. Pero al margen de la fabulación, la existencia de este muro defensivo indica que tal vez la preeminencia de Uruk sobre el resto de enclaves sumerios fue producto de una forzada sumisión de los mismos. Si la supremacía se logró por la fuerza, estaríamos ante el primer acto conocido de agresión que condujo a las guerras por disputas territoriales o control de recursos y vías comerciales entre ciudades, cuyo momento álgido se alcanzará en el período protodinástico, entre el 2900 y el 2334 a. C. Es conocido uno de estos enfrentamientos gracias al poema *Enmerkar y el señor de Aratta*, en el que se describe la disputa entre los reyes de Uruk y Aratta por la exigencia del primero en imponer tributo al segundo para construir el templo de Enki en Eridu y una residencia para la diosa Inanna en Uruk. El trasfondo de la contienda, aparentemente religiosa, es el interés de Enmerkar en controlar la rica ciudad de Aratta y su codiciada producción y comercio de metales y piedras preciosas.

El nuevo período cultural de Jemdet Nasr (3100-2900 a. C.) sucedió al de Uruk y anticipó el protodinástico sumerio. Fue una fase de transición en medio de la cultura común propagada desde la hegemónica ciudad de Uruk y los cambios que anunciaban diferencias singulares entre las distintas ciudades, que en esta época crecieron considerablemente al atraer a un

número considerable de población rural. Los pictogramas adquieren en este período el aspecto de cuñas, una técnica que dará nombre a la escritura sumeria y a las posteriores escrituras mesopotámicas y próximo-orientales, basadas en ella.

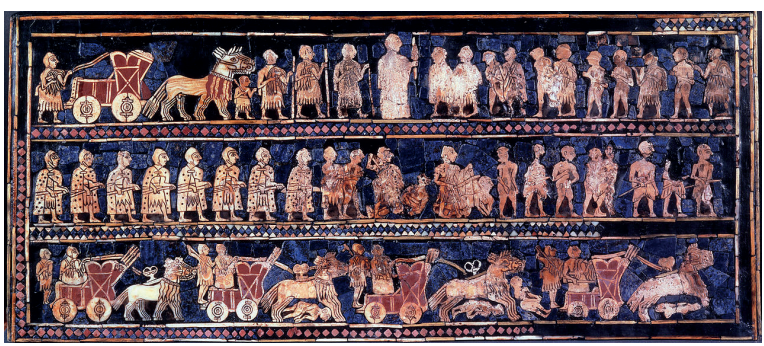
Evolución del signo SAG («cabeza») desde el pictograma sumerio en el 3000 a. C. (1) hasta la escritura cuneiforme asiria del primer milenio a. C. (7). Hacia el 2800 a. C. el signo rotó 45º a la izquierda para facilitar la escritura (2). Los signos 3 y 4 se han estilizado; el 3 fue usado en inscripciones monumentales, hacia el 2600 y el 4 en escritura sobre arcilla húmeda en la misma época (https://en.wikipedia.org/wiki/Cuneiform_script#/media/File:SAG.svg)

La siguiente etapa cultural en la historia mesopotámica es el período predinástico (2850-2334 a. C.), que se corresponde con el comienzo de la Edad del Bronce en Sumer. Desde su inicio queda consolidada la distribución del territorio sumerio entre ciudades-estado, independientes unas de otras y ocasionalmente rivales en lucha por la hegemonía. Kish, Nippur, Umma, Lagash, Eridu, Uruk y Ur sobresalen temporalmente en ese rol predominante de unas sobre otras. Una consecuencia directa de esas rivalidades es el amurallamiento de los centros de poder de cada una de ellas. El gobierno es presidido por el sumo sacerdote (*en*) desde los templos principales de las ciudades, asistido por consejos de ancianos y asambleas populares que parecen estar relacionadas con movilizaciones militares y decisiones de ataque y defensa. La guerra, una consecuencia del ansia de poder y el afán de riquezas, ha hecho su aparición.

Hacia el 2650 a. C. se constata la presencia material de un nuevo edificio en el centro de poder de las ciudades, distinto a los habituales templos tradicionales. Es el «palacio» (*E-gal*), la casa del rey, residencia del primer mandatario de la ciudad (*lugal*). Los primeros palacios mesopotámicos fueron estructuras complejas, ricamente decoradas. Desde su aparición funcionaron como instituciones socio-económicas y combinaron en su arquitectura las dependencias reales, privadas y exclusivas del gobernante, y las productivas y públicas como talleres artesanales, almacenes de alimentos y estancias ceremoniales. En ocasiones, los palacios se encuentran asociados a los san-

tuarios de las divinidades principales, como fue el caso del llamado Gipar (*Gig-Par-Ku* en sumerio), el templo dedicado al dios de la Luna Nanna, en la ciudad de Ur. Se trata de un gran complejo, altamente fortificado, en el que residían las sacerdotisas de este dios, dotado de múltiples patios, varios santuarios menores o capillas, una sala de banquetes ceremoniales, y las tumbas de las sacerdotisas fallecidas.

La aparición de los palacios fue una consecuencia de las rivalidades a las que he hecho referencia. La nueva situación requería nuevas normas, nuevas decisiones, que trascendían la gestión religiosa y administrativa de las ciudades-estado. En la cúspide del gobierno, el *en* fue sustituido por el *lugal*, un guerrero, un individuo capacitado para afrontar los nuevos retos como los de organizar y llevar a cabo las apetencias expansionistas o defenderse frente a las amenazas de terceros. Así, el poder, nacido de la competencia y habilidad de algunos humanos para relacionarse con los dioses, pasaba de las manos de un príncipe-sacerdote, temido por su relación divina, a las de un jefe militar que unía esta competencia a las que venían siendo propias de los *en*.



Panel de la guerra del llamado «Estandarte de Ur» (ca. 2600 a. C.), Museo Británico. Parece un desfile triunfal con soldados, prisioneros, armas y carros, presidido por el rey —la figura más grande con cetro en la mano— en el nivel superior

La figura monárquica aparece por primera vez en la historia en las ciudades sumerias, propiciada por circunstancias bélicas. Pero el peso social de las arraigadas creencias de los colectivos humanos y su pleno convencimiento de que todo ocurre porque así lo deciden sus dioses protectores, hizo necesario unir el ejercicio real de gobierno con la legitimidad religiosa.

En consecuencia, el *lugal*, el «rey» sumerio recibió esa suprema dignidad al ser elegido por los dioses para representarles ante la comunidad y regir sus destinos. El rey fue distinto y superior a todos, un «ser excepcional», como exclaman los versos iniciales de este poema paleobabilónico de Lipit-Ishtar, rey de Isin:

> Yo soy el rey, el bien criado, de buena semilla por parte de madre, el hijo del divino Enlil.
> Cual retoño de cedro que levanta orgulloso la cabeza,
> soy un hombre de fuerza poderosa, de potencia invencible.
> En mi juventud me desperezo con poderío:
> soy un león que a todos precede, no tengo rival;
> soy un dragón que abre sus fauces, el terror del ejército [*enemigo*];
> soy el águila Imdugud, que otea los montes;
> un toro que manda la manada y al que nadie se le resiste;
> un bisonte brillante, de ojos relucientes.
> Llevo una barba de lapislázuli,
> tengo buenos ojos, buena boca, sentidos lúcidos,
> poseo la figura del un león salvaje, adornado de generosa belleza;
> soy el adorno de todas las palabras [...]

El rey se presenta también como un individuo excepcional porque ha sido elegido por los dioses:

> Soy el hijo amado del divino Enlil;
> en su templo Ki-ur me entregó el cetro […]
> soy aquél a quien el divino Enki abrió el oído;
> él me entregó la realeza en Eridu.
> Yo soy el esposo querido [*de la divina Inanna*];
> en la ciudad de Uruk hizo que yo, orgulloso, alzara al cielo mi cabeza [...]

Y su poder y magnanimidad están al servicio del bien común:

> Yo soy el que lleva el cayado de pastor,
> soy la vida del país de Sumer;
> yo soy el labrador que amontona el grano,
> el pastor que multiplica la grasa y la leche del rebaño,
> que cría en las marismas pájaros y peces,
> que llena de agua perenne las corrientes de los ríos,
> que acrecienta los productos de la Gran Montaña.

Gudea, rey de Lagash (ca. 2144–2124 a. C.), diorita, Museo del Louvre.
Fue un gobernante respetado y célebre por su fervor religioso
y su empeño en la construcción de nuevos templos

Sus funciones, exigidas por la divinidad e intransferibles a cualquier otro humano, incluían la suprema dirección del culto y mantenimiento de los templos, la jefatura del ejército y la administración de justicia:

> Yo soy aquél a quien el divino Enlil donó la gran fuerza,
> yo soy Lipit-Ishtar, que en mi juventud le adoró.
> Yo soy el que está siempre al servicio de los dioses,
> el que cuida sin pausa del [*templo*] Ekur;
> el rey que se acerca al sacrificio con un cabrito en el pecho,
> que humilde se lleva [*orando*] la mano a la boca;
> el rey que se presenta a la oración […]
>
> Yo soy el rey que aplaca en la batalla sus ganas de luchar,
> que no se quita nunca la coraza que se puso cuando niño,
> que se ciñe la espada fulminante,

que brilla en la batalla como el rayo [...]
el héroe de brillante mirada que pelea gritando,
Lipit-Ishtar, hijo del divino Enlil.

[…] rey hecho a medida del alto trono,
de entendimiento profundo, que pronuncia la palabra justa [...],
el que pone el derecho en las bocas de todos,
que sostiene a los justos por siempre,
que dicta en pleitos y juicios la sentencia justa,
que sabe mandar en todos los países extranjeros.
Yo he decidido que haya justicia en y en Acad,
que el país prospere:
¿quién puede medirse con mi decisión?

Es probable que los primeros monarcas surgieran del entramado sacerdotal, mostrando capacidades personales propias de los nuevos tiempos. El rey sumerio fue un gobernante cuyas decisiones constituían la única fuente de poder, indiscutidas, como indiscutidas eran las que tomaban los dioses. El poder de la palabra que los sacerdotes sumerios asociaron a la voluntad superior de la divinidad, fue asimilado a la expresión real, cuyas órdenes y deseos había que acatar. Pues, ¿acaso el rey no había sido escogido por su dios para representarle en la Tierra?

En los largos siglos de la historia posterior, la imagen de los monarcas y su poder se vincularán a la del guerrero invencible, a la del jefe religioso o a ambas. En la cultura europea, la representación de monarca y sumo sacerdote en la misma persona desaparecerá durante el bajo imperio romano al asumir el cristianismo como religión oficial del Estado. Sin embargo, en el parlamentarismo actual sigue existiendo una monarquía que ejerce la jefatura de Estado en dieciséis países y es cabeza de gobierno de la iglesia de su propio Estado. ¿Cabe mayor anacronismo?

2. PROGRESO Y DESIGUALDAD

Cuando los enclaves neolíticos comenzaron a ocupar las feraces tierras de los valles de los ríos Tigris y Éufrates, un proceso de transformación económica favoreció el aumento demográfico, los avances materiales y la

especialización. Y todo ello condujo a la aparición de la ciudad como primera organización política de la humanidad.

2.1 Regadío, producción y administración

Durante el período cultural de El Obeid las sociedades agrícolas de Mesopotamia iniciaron una primera obra de canalización de las inundaciones. Las imprevisibles crecidas de los ríos provocaban continuas destrucciones de asentamientos y cultivos. El ingenio humano se aplicó a la construcción de enormes zanjas para calmar el ímpetu de las aguas dirigiéndolas hacia las tierras de secano más alejadas de las riberas fluviales, y también para drenar las ciénagas y marismas cercanas al delta de las dos grandes corrientes fluviales. A finales de la fase de Uruk se consolidarán los canales y se construirán embalses para el uso desestacional de las aguas. La invención de la rueda en este momento favorecerá el transporte terrestre, pero el tránsito fluvial no perderá su importancia.

El delta de los ríos Tigris y Éufrates en época sumeria (detalle del mapa de la cultura de El Obeid). Obsérvese la penetración del golfo Pérsico en el espacio marítimo que ha ido ocupando la sedimentación de ambos cursos fluviales y la situación de la ciudad medieval de Basora (hoy de casi cuatro millones de habitantes), en el centro de una tupida red de canales y fértiles tierras de aluvión entre las líneas de costa de aquel tiempo y la actual

A diferencia de Egipto, donde las crecidas del Nilo operaban de modo regular y pacífico, las tormentosas aguas de los ríos mesopotámicos, destructivas en su accidentado comportamiento, hicieron necesaria la aparición de esta técnica de dominio de las aguas. La ingeniería hidráulica convirtió la Baja Mesopotamia en el bíblico Jardín del Edén, pero también generó una nueva forma de comportamiento social. El sentimiento de pertenencia a un mismo grupo humano se reforzó con el trabajo colectivo, sin el cual las obras de canalización no habrían podido ejecutarse. Y, como resulta obvio, antes de este esfuerzo práctico hubo un trabajo de diseño y organización que debió caracterizar a quienes lo ejecutaron como personas notables de su comunidad. De ahí la importancia dada al sacerdocio, porque la revolucionaria propuesta de aquellos primeros trabajos y la necesidad de cohesionar al grupo humano tuvo que apoyarse en instrucciones superiores, en mandatos de la divinidad. El talento y sentido práctico de aquellos primeros ingenieros civiles no hubieran sido suficiente.

Los canales del delta ramificaron también los asentamientos agrícolas que fueron instalándose en sus orillas. La hoz de arcilla, surgida en El Obeid, favoreció la recolección y se generalizó gracias a su facilidad de fabricación y su menor coste con respecto a la tradicional de sílex. La disponibilidad permanente de aguas permitió a estas comunidades ampliar su espacio de cultivo cerealista e iniciar la práctica de la arboricultura —especialmente de palmeras datileras—, y la horticultura —básicamente legumbres y cebollas. A las labores agrícolas se unen la ganadería bovina y caprina y la práctica de la pesca, como demuestran los anzuelos e instrumentos para fijar las redes hallados en diversos templos a manera de ofrendas. La abundancia de objetos de terracota decorada, fabricada a torno, revela la importancia de las viviendas particulares y su organización doméstica.

El uso del horno para fundir la arcilla llevaría al principio de la metalurgia con la fusión de cobre puro y cobre arsenicado. Anatolia oriental fue, desde el VI milenio a. C., el territorio de mayor destreza y producción gracias a su singular abundancia de minerales. A mediados del período de El Obeid esta técnica alcanzó cierta experiencia en Mesopotamia, pero será en la siguiente fase cultural, Uruk, cuando el metal comenzará a sustituir algunos de los tradicionales objetos de cerámica en coincidencia con el inicio de la edad del bronce, hacia 3400-3200 a. C. Es la etapa de lo que se ha dado en llamar la ciudad-templo, cuyo gobierno y administración se encuentran en manos del *en*, simbolizado todo ello por el templo, sede cultual del dios o de la diosa patrón de la ciudad. Así, la teocracia fue la primera forma de

gobierno estatal y, como vengo afirmando, la palabra del sumo sacerdote o sacerdotisa era la palabra de la divinidad puesta en su boca. Esto permitió organizar la comunidad y tomar decisiones sobre obras de canalización, construcción o mantenimiento de templos y distribución del trabajo, en lo que ayudó la aparición de los primeros signos pictográficos utilizados en la contabilidad de mercancías y productos agropecuarios, origen de la escritura cuneiforme.

Tableta sumeria con pictogramas, utilizada como instrumento de cuenta y administración de bienes (período de Uruk, ca. 3200 a. C.), Museo del Louvre (https://fr.wikipedia.org/wiki/Cun%C3%A9iforme#/media/File:P1150884_Louvre_Uruk_III_tablette_%C3%A9criture_pr%C3%A9cun%C3%A9iforme_AO19936_rwk.jpg)

Durante la etapa de Jemdet Nasr, que sucede al período de Uruk, la evolución de la escritura superó la simple pictografía de los objetos, estilizando su diseño en forma de cuña —el término que caracterizará la escritura mesopotámica—, al tiempo que se vuelve más abstracto. La representación real ya no es suficiente debido al aumento de operaciones y la complejidad de las mismas. Los textos hallados en las tabletas de arcilla de la época carecen todavía de datos institucionales o géneros literarios que tan abundantes serán en los siglos del tercer milenio. La información de este período sigue

siendo administrativa, con registros de productos y de animales y listados de racionamiento de alimentos.

2.2 Propiedad y redistribución

La tierra comunal de aquellos primeros enclaves neolíticos de los valles fluviales quedó bajo el dominio de los respectivos dioses patrones de las ciudades. La divinidad fue propietaria absoluta de todos los bienes pertenecientes al ámbito territorial de su ciudad-estado y administrados desde el templo. Cultivo y pastos fueron distribuidos por los príncipes-sacerdotes en tres rangos: las tierras del templo, las tierras repartidas entre personajes notables, funcionarios y sirvientes, y las tierras arrendadas a cambio de una renta que debió pagarse en parte de la producción obtenida. Es fácil imaginar que las tierras del templo, o tierras de la divinidad, constituyeron la parte más importante y productiva, con la cual sostenían los gastos derivados de la actividad del propio templo y atendían el sustento diario de la población que cultivaba esas tierras.

Toda la comunidad vivía del templo, la mayoría trabajaba las tierras propias y atendía sus rebaños, se ocupaba en las parcelas de los funcionarios o hacía lo propio con aquellas arrendadas. Otros se ocupaban en el conteo y almacenamiento de los productos en el templo o, convertidos en eficaces artesanos, transformaban los géneros obtenidos en objetos de uso o consumo. La división del trabajo fue uno de los factores más influyentes en la eficiencia de la producción y aumento de la misma. Por vez primera en la historia, los sumerios convirtieron a los tradicionales agricultores y ganaderos en especializados albañiles, escultores, caldereros, zapateros, carniceros, cocineros, orfebres, curtidores, cesteros y, sobre todo, escribas, el oficio más excelente e indispensable de la nueva administración estatal.

Por el trabajo para los templos y el palacio, se recibía una retribución en especie. Un sistema de redistribución de la producción compensaba el esfuerzo de los trabajadores mediante raciones en especie con las que alimentarse y vestirse. El reparto se hacía por persona, sexo y edad. Los menores se incorporaban al trabajo a partir de los seis o siete años y se consideraban adultos a partir de los catorce. Las mujeres recibían cantidades notablemente inferiores a las de los hombres y los niños se distinguían en dos sectores de edad, aunque los menores de seis años —estos no trabaja-

ban— recibían también una ración que se entregaba junto a la de la madre. Datos pertenecientes a los siglos XXII-XXI a. C. nos muestran las siguientes raciones básicas por sexo y edad: 60 litros de cebada por mes y hombre, 35 por mujer, 20 por niños hasta 13 años, 15 por niños hasta 10 años y 5 por niños hasta 5 años. Anualmente se añadían 2 kilos de lana de oveja sin tejer por hombre y 1,5 kilos por mujer, y unos 2,5 litros de aceite por hombre y por mujer. Algunos trabajos especialmente duros eran compensados excepcionalmente con entregas de dátiles, salazones, harinas, pan, lana y aceite. Los artesanos, en general, recibían sus raciones mensuales en correspondencia con el número de objetos a manufacturar. Los funcionarios o artesanos en labores estratégicas recibían raciones periódicas que superaban las básicamente establecidas.

Así creció el sistema social definido en antropología económica como «redistribución». Un procedimiento de entrega individual de los bienes obtenidos por los componentes de una comunidad al líder de la misma del que obtienen, en reciprocidad, una parte de esos bienes para su particular sustento. Es propio de las sociedades carentes del mecanismo de mercado y su uso es compatible con el intercambio o trueque practicado entre los miembros del grupo.

En los grupos tribales y posteriores colectivos neolíticos este sistema implicó la recogida centralizada de los bienes de sus miembros productivos, seguido de un reparto de esos bienes entre todos los miembros de la comunidad, pero en época sumeria este procedimiento se vio modificado por los factores de innovación técnica y el rápido crecimiento de la producción. El control de las aguas, la ampliación del área de cultivo, el uso de los metales y la organización del trabajo repercutieron en un considerable incremento de los bienes obtenidos y en una notable diferencia entre el ingreso en los almacenes de los templos y su salida en forma de raciones para los productores. La primera consecuencia del proceso fue la liberación de mano de obra agrícola que, unida a un aumento demográfico, permitió que las familias pudieran prescindir de algunos miembros para que estos se dedicaran de manera profesional a labores distintas de las agropecuarias.

Este habría sido el modelo ideal de una sociedad justa y equitativa, pero el teórico modelo mutó en un desajuste perverso. Veamos, si los ingresos fueron superiores a las salidas es fácil deducir que en los almacenes de los templos, y en el posterior palacio del rey, quedaba una parte de la producción que era, al menos teóricamente, innecesaria para alimentar a los productores directos y a los indirectos, o a quienes en nuestro tiempo se suele identificar

eufemísticamente como «no productivos». Esa parte de la producción se llama «excedente económico» y en su gestión y uso se encuentra el motor del desarrollo y el progreso, pero también de la desigualdad. Como dijo acertadamente Ralph Turner:

> El deseo de poseer el excedente fue la causa principal de su continuo aumento, ello favoreció la existencia de las culturas urbanas y repercutió positivamente en la liberación de energías y aptitudes que condujeron al progreso material e intelectual, pero no en el aumento de la satisfacción de las necesidades y aspiraciones sociales humanas.

El excedente fue el primer «capital» de la historia, y en las exclusivas manos de los líderes religiosos y políticos de las sociedades urbanas se convirtió en un instrumento de codicia y poder. Su uso favoreció los intercambios institucionales y el comercio a gran distancia en busca de materias primas y bienes carentes o insuficientes en el entorno inmediato del poseedor, especialmente metales y gemas. El estaño pronto se convirtió en imprescindible para fabricar bronce fusionado con el cobre, y la posesión de oro, plata y lapislázuli simplificó el acopio de excedentes para disponer de capitales con un inmenso valor en relación a su tamaño, al tiempo que la ostentación pública de estos bienes exclusivos distinguía a las elites del resto de la sociedad.

Reconstrucción de tocados y collares usados por las mujeres en algunas tumbas sumerias, Museo Británico. (https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Reconstructed_sumerian_head-gear_necklaces_british_museum.JPG)

Hammurabi, el poderoso rey de Babilonia en el siglo XVIII a. C., prototipo de monarca imperialista, extendió su dominio en Mesopotamia ávido de control sobre el fértil territorio agrícola. En su introducción al célebre código de leyes que lleva su nombre alardea vanidosamente de la plétora de riquezas conseguida en las ciudades sometidas:

> Yo soy Hammurabi, Pastor elegido por el dios Enlil, que amontonó abundancia y opulencia.

Desde el tercer milenio, los reyes habían asumido el control institucional del Estado y su condición de nuevos elegidos de los dioses para administrar las ciudades tuvo que ver con la asunción del rol de sumo sacerdote. Pero la situación había cambiado, el surgimiento de esa figura —relacionada con la aparición de las apetencias territoriales y los conflictos bélicos—, también corrió pareja con un enorme aumento de los gastos militares: fortificaciones, equipamientos, soldadas y recompensas. Todo ello requirió del uso excepcional del excedente y el establecimiento de recaudaciones extraordinarias bajo promesa de grandes beneficios si se obtenían la victoria y los botines codiciados. Con el crecimiento y desarrollo de las ciudades-estado la ambición de sus gobernantes fue en aumento, y los principales objetivos fueron el dominio de unas sobre otras para controlar el uso de las aguas, las rutas de comercio y la imposición de tributos. El modelo redistributivo fue perdiendo importancia porque los reyes estaban más interesados en los impuestos y el saqueo que en el equilibrio social interno. Además, la insaciable política recaudatoria tuvo que perjudicar gravemente la parte recibida por el productor, que se hallaba cada vez más exigido en su trabajo para soportar la carga de un creciente dispositivo cortesano y burocrático. Los proverbios sumerios, anteriores en más de dos milenios al libro bíblico del mismo nombre, son copiosos en expresiones cotidianas y consejos, como el siguiente que expresa con gracia y rotundidad el verdadero temor de los hombres:

> Puedes tener un amo, puedes tener un rey,
> ¡pero es al recaudador a quien debes temer!

Cuando la ambición expansionista alcanzaba la estabilidad de dominio sobre territorios y ciudades ajenas estas soportaban la imposición tributaria del rey conquistador y, al tiempo que la sociedad de este monarca recibía los frutos de su imperialismo, las comunidades sometidas sufrían la amargura del vencido entregando su trabajo, viéndose desposeídas de su producción

o, aún peor, sometidas a esclavitud. Mesopotamia también fue precursora de las guerras imperialistas y el vasallaje de los pueblos vencidos.

Con el paso de los siglos, los estados mesopotámicos irán adquiriendo matices y diferencias propias de la misma complejidad social que se genera en su seno. La aparición del primer imperio con Sargón de Acad (siglos XXIV-XXIII a. C.) dominando todo el territorio existente entre el Mediterráneo y el golfo Pérsico; el llamado «renacimiento sumerio» con el estado centralista de la III dinastía de Ur (siglos XXII-XXI a. C.); o el imperio paleobabilónico creado por Hammurabi (siglos XXVIII-XXVII), serán etapas de cambios significativos y consolidación legislativa de nuevas estructuras sociales, consecuencia del imparable progreso sustentado sobre el control y uso del excedente económico.

Las donaciones de tierras a personajes distinguidos de la administración civil o militar del Estado fueron creando un tipo de individuos que se encontraban en una situación intermedia entre el rey y el pueblo. En Mesopotamia no se consolidó la nobleza, pero siempre existió ese sector caracterizado por el uso personalizado de las tierras, en las que ocupaba a trabajadores agrícolas a su cargo. Por tanto, estos altos funcionarios fueron sujetos dependientes de la autoridad patriarcal del monarca y, a su vez, patrones de sus subordinados. En este estamento se irá configurando el sector del que surgirán los grandes propietarios de tierras, y los vaivenes de las guerras y la posesión imperialista ampliarán los dos polos de esta esfera de poder económico. Sin afectar a la autoridad superior del rey, la sociedad sumerio-acadia de finales del tercer milenio a. C. distinguirá entre individuos que dependen del trabajo cotidiano en sus parcelas para subsistir y quienes no lo necesitan. Aquellos, serán identificados individualmente como *mushkenum* («el que hace reverencia»), un término que dará origen al francés «mesquin», al catalán «mesquí» o al español «mezquino» y que no necesita mayor explicación sobre la débil consideración social de la inmensa mayoría de la población mesopotámica. En cambio, la minoría ciudadana de propietarios o usufructuarios de tierras, funcionarios, escribas, sacerdotes, algunos artesanos de productos estratégicos o comerciantes de mercancías de lujo e importadores de metales, podían acumular un pequeño capital con el que adquirir o ampliar propiedades que les daban independencia económica, posibilidad de aumentar su riqueza y, por tanto, una posición social elevada. Cada uno de estos individuos es llamado *awilum* («hombre»). En el *Código de Hammurabi*, en el segundo milenio, se distinguirá legalmente entre ambas categorías personales y los términos de *awilum* y *mushkenum* vendrán a significar algo así como «excelente» y «pobre», respectivamente. Fuera del contexto social se encontraba el *wardum* («esclavo»), un colectivo

muy reducido formado básicamente por hombres y mujeres prisioneros de guerra. Ellas eran mayoritariamente utilizadas por las instituciones estatales en trabajos de tejido, cerámica y agricultura, y ellos se integraban más en la economía privada donde podían ser mejor vigilados. Algunos podían ser puestos en libertad por decisión de sus dueños o decreto real, y otros tuvieron la posibilidad de comprar su propia libertad, un procedimiento que requiere de previa provisión de bienes para poder hacerlo efectivo, a la manera de lo que ocurrirá con los libertos romanos.

Todo el colectivo dependiente formaba la base de la pirámide social, pero no solo por el número de componentes, sino también por la importancia de su trabajo y producción. La sociedad mesopotámica nació y creció gracias a la agricultura practicada en tierras fértiles e irrigadas con las aguas fluviales. Sin esa producción no habría sido posible llegar a los niveles de desarrollo económico en las ciudades y la prosperidad de sus clases dirigentes. Cada *mushkenum*, sin embargo, era considerado simplemente un súbdito de su rey, un campesino, no un habitante de la ciudad. Agricultor atado a la tierra que trabaja, solo será tenido en cuenta por las instituciones estatales en caso de recluta general por urgencias militares. La debilidad social de este amplio colectivo fue tenida en cuenta por algún gobernante, como Urukagina, el rey de la ciudad de Lagash (2380-2360), que está considerado el primer reformador social de la historia. Urukagina derrocó al anterior monarca y abolió sus abusos favoreciendo al pueblo. Limitó el poder de los sacerdotes y de los grandes propietarios, legisló contra ladrones, secuestradores, asesinos y usureros, y a favor de viudas y huérfanos liberándolos de onerosos impuestos. Todo ello nos permite observar el panorama de desequilibrio social y abusos de poder en que se había convertido la sociedad mesopotámica desde la transformación de sus comunidades agrícolas en las complejas sociedades urbanas de este tercer milenio a. C.

3. CONCLUSIONES

3.1 La acción de gobierno sobre las primeras comunidades estatales fue el resultado de la supuesta influencia de seres extraordinarios en la vida cotidiana. La bóveda celeste como morada de los dioses fue una invención de los agricultores neolíticos. El antropomorfismo y el ordenamiento social de

aquellas deidades fueron imaginados por semejanza con el de los humanos. La ancestral cultura urbana careció de un sistema de razonamiento científico, pero el atractivo y la fascinación que el cosmos ha provocado desde siempre en los humanos les permitieron especular sobre lo desconocido, buscando en el cielo las respuestas que no hallaban en el mundo real.

La necesidad de interacción con aquellos seres de los que dependía el bienestar humano generó una especialidad de hombres y mujeres dotados de características singulares. El sacerdocio se convirtió entonces en un ejercicio de liderazgo civil como consecuencia de la transmisión a la comunidad de los deseos y decisiones de las divinidades. Unas resoluciones que debían ser aplicadas, dirigidas y controladas desde el sacerdocio.

Por encima de las relaciones particulares de los individuos con sus genios personales o divinidades protectoras, destacaron un culto y un ritual destinados a la deidad patrona de cada una de ellas, englobando al común de las incipientes ciudades. En torno a los nacientes templos o residencias temporales de esos dioses en la Tierra, comenzó a aglutinarse un entramado de viviendas modestas que acabarían conformando la sede urbana del territorio común.

La astrología se convirtió en una especialidad superior a cualquier otra actividad humana. El conocimiento de los cuerpos celestes visibles y sus movimientos ayudó a configurar el calendario y se convirtió también en un modo de predicción de posibles fenómenos adversos. La aparición del zigurat como complemento de los templos ubicó el punto de observación celeste en un lugar de privilegio. Los sacerdotes fueron considerados, en toda la historia mesopotámica, los personajes más sabios y capacitados, conocidos como *magos* en época neobabilónica.

El liderazgo de la comunidad fue ejercido por el principal de estos personajes, un príncipe sacerdote llamado *en* por los sumerios. Desde el templo principal salían las órdenes dictadas por los dioses —entre las que destacaban el diseño y mantenimiento de las conducciones hidráulicas y los templos—, siendo los miembros del colectivo sacerdotal quienes organizaban y dirigían estas obras. La creación de la escritura y del sistema sexagesimal y sus utilidades técnicas y prácticas se deben a estos individuos y sus necesidades y aplicaciones administrativas.

La situación se vio modificada con el inicio de las disputas entre ciudades y el aumento de la codicia y las ansias de poder territorial. Este nuevo escenario provocó la aparición del jefe militar que con el tiempo pasó a sustituir al príncipe sacerdote, asumiendo sus competencias en una esfera de poder

que unió las facultades militares, políticas y religiosas. Ese es el modelo de realeza teocrática que se impuso en adelante y cuya base de legitimación se prolongará en nuestra cultura occidental hasta época moderna.

3.2 La facilidad con la que se integraron las tierras comunales de las aldeas neolíticas en la estructura institucional de las ciudades, o dicho de otro modo, la ausencia de reivindicaciones unifamiliares en la propiedad privada de parcelas de cultivo, tuvo que ver con el mismo nacimiento de aquel sistema colectivo. El comportamiento en grupo favoreció en toda época la actividad humana, y en las comunidades agrícolas de la Mesopotamia meridional, sometidas a un régimen irregular y destructivo de crecidas fluviales, una climatología incierta o plagas imprevistas, la fuerza del colectivo mitigaba en gran parte los esfuerzos y ayudaba en la penuria. Por ello debió resultar, no solo sencillo, sino incluso deseable que los príncipes-sacerdotes, que comunicaban directamente con la divinidad, se ocuparan de administrar los bienes comunales. Así se consiguió un panorama de desarrollo que favorecía a todos los implicados en unas sociedades organizadas. Sin embargo, pronto iba a verse alterada la situación a causa de la avidez propia de la condición humana. El control del excedente económico solo podía ejercerse desde la cúspide gubernamental y en ella, sus dirigentes, controlaron la riqueza apoyados en la legitimidad otorgada por los dioses patronos de cada ciudad. A medida que aumentaba la producción crecía la complejidad administrativa y su consecuencia fue la aparición de nuevos funcionarios y especialistas en el entorno del palacio, especialmente los escribas. El comercio de importación de materias primas, el uso de los metales, el acopio de oro y plata y objetos de lujo fue configurando una sociedad ciudadana y opulenta en la cúspide, y una base compuesta mayoritariamente de campesinos ligados a la tierra que trabajaban y de la que dependía su sustento obtenido mediante el procedimiento de redistribución de parte de su producción mediante el sistema de raciones por persona, sexo y edad.

Con el tiempo, el aumento demográfico, la ampliación de las tierras de cultivo, el descenso de la capa freática y la salinización fueron degradando el paisaje y dificultando aún más el equilibrio social. En la segunda mitad del tercer milenio a. C. el control de los acuíferos acrecentó las disputas entre ciudades y favoreció la llegada de gentes semitas y montañeses de los Zagros, atraídos por las posibilidades de bienestar atisbadas en el territorio sumerio, y empujados por las dificultades de sus lugares de origen.

El imperialismo se impuso como modelo de dominio territorial y fuente de obtención de recursos ajenos. En el primer milenio anterior a nuestra era nada quedaba ya de aquel panorama de equilibrio e igualdad social propio de las sociedades neolíticas. El control del excedente productivo y su uso por las elites dirigentes había dado origen al egoísmo económico como elemento dominante de la conducta humana, pero no fue su aparición el detonante de la desigualdad, sino la ausencia de políticas sociales que tardarán siglos en aparecer y consolidarse institucionalmente. La legitimidad del progreso, del deseo individual en alcanzar mejor posición, es incuestionable, incluso será deseable en sociedades posteriores como la Atenas clásica en la que las críticas sociales irán dirigidas, no al pobre, sino a quien no haga todo lo posible por dejar de serlo. Así lo leemos en el *Discurso fúnebre de Pericles a los primeros muertos en la guerra del Peloneso*, recogido por Tucídides. Pero la bondad del proceso quedará afectada por los comportamientos indeseables que justificarán los objetivos propuestos. Algo que definirá mucho más tarde Maquiavelo con cinismo y rotundidad.

En Sumer, el sistema de redistribución de la propiedad se verá alterado por la codicia de los gobernantes y las dificultades generadas por el aumento demográfico, la escasez ocasional de aguas y la salinización de los acuíferos. ¿Cómo se resolvió? La solución fue la guerra contra los vecinos para apoderarse de sus recursos. El progreso generado por el talento y la capacidad humana fue en detrimento de la igualdad social, pero ¿habría existido progreso sin el deseo legítimo de aspirar a más y aplicar a ello las condiciones con las que la naturaleza ha dotado a cada cual?

Mientras reflexionamos sobre la respuesta, puedo cerrar esta lección aludiendo a dos acciones que han ayudado a remitir el peso de la desprotección para los menos favorecidos: siempre la solidaridad entre los seres humanos, y solo en ocasiones el acierto de gobernantes y acciones políticas tendentes a distribuir el bienestar y minimizar el impacto de la omnipresente desigualdad social.

Puesto que la divinidad dio la legitimidad al poder terrenal, es momento de concluir deseando que los dioses de cada cual iluminen la mente y las decisiones de nuestros gobernantes.

UNIVERSITAT JAUME I

DES DE 1991

25 ANYS